

EL CIELO COMIENZA EN LA TIERRA

2 de Junio de 2019

Evangelio de LUCAS 24, 46-53

Y añadió:

- Así estaba escrito: El Mesías padecerá, pero al tercer día resucitará de la muerte; y en su nombre se predicará la enmienda y el perdón de los pecados a todas las naciones. Empezando por Jerusalén, vosotros seréis testigos de todo esto. Yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre; por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que de lo alto os revistan de fuerza.

Después los condujo fuera hasta las inmediaciones de Betania y, levantando las manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y se lo llevaron al cielo.

Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén llenos de alegría.

Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

§ §

Hablar del cielo puede parecer a muchos no solo escapismo y evasión cobarde de los problemas que nos envuelven, sino hasta un insulto insoportable y una broma. No es el cielo lo que nos tiene que importar, sino la tierra, nuestra tierra.

Probablemente, bastantes suscribirían de alguna manera las palabras apasionadas de Friedrich Nietzsche: «Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis en los que os hablan de experiencias supraterráneas. Consciente o inconscientemente son unos envenenadores... La tierra está cansada de ellos; ¡que se vayan de una vez!».

Pero, ¿qué es ser fiel a esta tierra que clama por una plenitud y reconciliación totales? ¿Qué es ser fiel a esta humanidad que no puede lograr esa liberación y esa paz que tan ardientemente busca? ¿Qué es ser fiel al hombre y a toda la sed de felicidad que se encierra en su ser?

Los creyentes hemos sido acusados de haber puesto nuestros ojos en el cielo y haber olvidado la tierra. Sin duda es cierto que una esperanza mal entendida ha conducido a bastantes cristianos a abandonar la construcción de la tierra, e incluso a sospechar de los logros humanos en esta vida.



Sin embargo, la esperanza cristiana consiste precisamente en buscar y esperar la plenitud total de esta tierra. Creer en el cielo es buscar ser fiel a esta tierra hasta el final, sin defraudar ni desesperar de ningún anhelo o aspiración verdaderamente humanos.

No es esperanza cristiana la que conduce a desentendernos de los problemas y sufrimientos de esta tierra. Precisamente porque cree, busca y espera un mundo nuevo y definitivo, el creyente no puede conformarse con este mundo lleno de lágrimas, sangre, injusticia, mentira y violencia.

Quien no hace nada por cambiar este mundo no cree en otro mejor. Quien no trabaja por desterrar la violencia no cree en una sociedad fraterna. Quien no lucha contra la injusticia no cree en un mundo más justo. Quien no trabaja por liberar al ser humano de sus esclavitudes no cree en un mundo nuevo y feliz. Quien no hace nada por cambiar la tierra no cree en el cielo.

¿RESTAURACIÓN, REFORMA, REVOLUCIÓN?

El ser humano, nosotros, vivimos de los recuerdos, pero vivimos también de la esperanza. No basta con recordar lo que fuimos, nuestra «memoria»; tampoco basta con tener unos rasgos claros de «identidad»: ¿quiénes somos? El ser humano, nosotros, necesitamos tener motivos para vivir, tener razones para trabajar, encontrar un sentido al día a día.

El mundo en el que vivimos no es el mejor de los mundos posibles: las injusticias flagrantes, las violencias repetidas, los abusos a débiles y frágiles son una constante. El ser humano tiene derecho a «soñar» con un mundo distinto y mejor. No solo tiene derecho, sino que tiene la obligación de hacerlo posible. Pero ¿cómo? Las palabras que empiezan por el prefijo «re» se articulan una detrás de otra: «revolución», dirán los más atrevidos y transgresores; «reforma», dirán los más continuistas y apaciguadores; «restauración», dirán los más conservadores y garantistas.

Jesús no entra en la pregunta, sino que la desvía en una sola dirección con dos vías: la promesa del Espíritu Santo, y la misión entendida como «testigos del Resucitado». Jesús mira al futuro, cree en el futuro, pide que nos dejemos embriagar por la posibilidad de hacer un mundo nuevo.

CON LOS PIES EN LA TIERRA

¿Qué hacéis mirando al cielo? El Señor nos quiere con los pies en la tierra, cerca de los que sufren y están solos, al lado de aquellos que no encuentran un horizonte de vida, junto a los débiles y desorientados. Nuestro corazón y nuestra vida se apoyan, sin duda, en Dios, pero nuestras manos deben estar tendidas a todos, nuestros ojos atentos a la realidad, nuestros oídos abiertos a quien nos llame y nuestro tiempo... dedicado a la misión que Jesús nos ha encomendado: ser sus testigos en todas las circunstancias de la vida. Él nos acompañará siempre.



Solo un sí

Señor, me doy cuenta
de que todo lo que me pides
es un simple 'sí',
un simple acto de confianza
para que, de ese modo,
la elección que tú haces por mí
dé frutos en mi vida.
No quiero estar tan ocupado
con mi forma de vivir,
mis planes y proyectos,
mis parientes, amigos y conocidos,
que no me dé cuenta siquiera
de que Tú estás conmigo,
más cerca que ningún otro.
No quiero ser ciego a los gestos de amor
que vienen de tus manos,
ni sordo a las palabras amorosas
que vienen de tu boca.
Quiero verte cuando caminas conmigo
y escucharte cuando me hablas.

¿Qué diferencia hay entre «creer» en
que «algo tiene que haber» y ser
«discípulo y testigo de Jesús»?